



## Relecturas

### **E. P. Thompson y una reseña poco corriente: Historia y política en un momento de crisis**

**Andrés Gattinoni**

*Universidad Nacional de San Martín / CONICET*

[andres.gattinoni@unsam.edu.ar](mailto:andres.gattinoni@unsam.edu.ar)

**Martín P. González**

*Universidad de Buenos Aires / Instituto Superior de Profesorado  
"Dr. Joaquín V. González"*

[martinpgonzalez@filo.uba.ar](mailto:martinpgonzalez@filo.uba.ar)

*Fecha de recepción: 27/11/2018*

*Fecha de aprobación: 03/12/2018*

*Con respecto a un historiador, no debemos ser críticos de cada detalle nimio que no se relacione con su propósito principal, sin embargo creo que es justo reclamar que lo que escriba sea verdad<sup>1</sup>.*  
Henry Stubbe, 1671.

**H**enry Stubbe era un médico inglés idiosincrático que había defendido la causa republicana en los últimos años del Interregno y que —luego de la Restauración— se mostró como defensor de la monarquía y la Iglesia de Inglaterra. En 1671 publicó un ensayo contra Francis Bacon, que formaba parte de una disputa más amplia con los miembros de la Royal Society. El ataque de Stubbe, se ha argumentado, no era una reacción conservadora a las formas modernas de producción de saber, sino que estaba anclado en un programa anticlerical de acumulación de conocimiento que se contraponía al de los filósofos naturales latitudinarios que dominaban aquella institución<sup>2</sup>. Su proyecto científico estaba anclado en una concepción profundamente secular de la historia, que no la concebía como el producto de la intervención de la Providencia, sino como el resultado de procesos inmanentes. De hecho, la frase del epígrafe hacía referencia a Thomas Prat y su *History of the Royal Society* (1667), muestra de que la crítica filosófica de Stubbe tomaba como punto de partida el conocimiento verdadero de los hechos pasados.

No resulta extraño que, en 1984, Christopher Hill eligiese estas mismas palabras para encabezar la introducción de su *The Experience of Defeat*<sup>3</sup>. Allí, el historiador inglés buscaba defender su programa de estudio de las ideas radicales en la Inglaterra revolucionaria de las décadas de 1640 y 1650, que se había plasmado en *The World Turned Upside Down*<sup>4</sup> (1972) y *Milton and the English Revolution*<sup>5</sup> (1977). *The Experience of Defeat* extendía esa línea de investigación para

---

1 “In an historian we are not to be critical for every punctilio, not relating to his main design; yet I think ’tis but just to demand that what he doth write be true”, Stubbe, Henry: *The Lord Bacon’s Relation to the Sweating-Sickness Examined*, Londres, P. Brigs, 1671, p. 2. Todas las traducciones son nuestras.

2 Véase Jacob, James R.: *Henry Stubbe, Radical Protestantism and the Early Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

3 Hill, Christopher: *The Experience of Defeat. Milton and His Contemporaries*, Londres, Verso, 1984.

4 Hill, Christopher: *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution*, Londres, Maurice Temple Smith, 1972.

5 Hill, Christopher: *Milton and the English Revolution*, Londres, Faber and Faber, 1977.

indagar cómo la experiencia de las sucesivas derrotas de los proyectos radicales (en 1649-1651 y en 1653-1660) llevó a varias de las plumas que habían defendido esos proyectos (como John Milton o Henry Stubbe) a buscar explicaciones y perspectivas nuevas. Escrito en pleno gobierno de Margaret Thatcher como “una súplica por una historia total” que “pueda desempeñar un pequeño papel en el restablecimiento del consenso que el valioso trabajo de los revisionistas parece haber destrozado”<sup>6</sup>, es fácil imaginar las implicancias políticas e historiográficas de esta invitación de Hill a reconsiderar la experiencia de la derrota<sup>7</sup>.

Fue en el mismo contexto, y con una intención crítica similar, que Edward P. Thompson publicó en 1987 la reseña crítica que presentamos aquí. Para comprender la virulencia de sus dichos y las respuestas que suscitó, será preciso reponer algunas coordenadas del debate historiográfico y político que el desafío de los historiadores revisionistas supuso para las interpretaciones de la historia inglesa. Luego, se presentará al autor y al libro que Thompson disecciona con inusitada severidad y, finalmente, se ofrecerá una síntesis de las discusiones que se prolongaron durante buena parte de la década de 1990.

### Pensamiento radical y revisionismo: el contexto del debate

El revisionismo sobre la revolución inglesa de 1640-1660 surgió a principios de la década de 1970 y se definió a sí mismo, esencialmente, como una reacción contra el reduccionismo y la teleología que —según sus impulsores— caracterizaba a las perspectivas historiográficas vigentes hasta el momento<sup>8</sup>. Al igual que en otros campos del saber, se trataba de una impugnación de los

---

6 Hill, 1984, *op. cit.*, p. 27.

7 Una revisión de la extensa trayectoria intelectual de Hill puede consultarse en Kwiatkowski, Nicolás. “Perfil de Christopher Hill”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, No. 2, Abril/Mayo de 2006, pp. 155-162.

8 Sobre el impacto del revisionismo en la historiografía inglesa, véanse Richardson, R. C.: *The Debate on the English Revolution*, Londres, Routledge, 1977; Pocock, John G. A. (ed.): *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1980, especialmente la introducción de Pocock (pp. 3-20) y el artículo de Christopher Hill (pp. 109-139); Fulbrook, Mary: “The English Revolution and the Revisionist Revolt”, en *Social History*, Vol. 7, No. 3, octubre 1982, pp. 249-264; Pocock, John G. A.: “Authority and Property: The Question of Liberal Origins”, en *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 54-72; Burgess, Glenn: “On Revisionism: An Analysis of Early Stuart Historiography in the 1970s and 1980s”, en *The Historical Journal*, Vol. 33, No. 3, 1990, pp. 609-627; Cogswell, Thomas: “Coping with Revisionism in Early Stuart History”, en *The Journal of Modern History*, Vol. 62, No. 3, septiembre 1990, pp. 538-551; Hobsbawm, Eric: *Ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 154-160; Kenyon,

grandes relatos que alcanzó su apogeo en la década de 1980, en consonancia con la crisis de los regímenes socialistas y, en el Reino Unido, con el avance del gobierno de Margaret Thatcher contra las políticas del Estado de bienestar. En ese contexto político y académico problemático, las críticas revisionistas tempranas se focalizaron en el cuestionamiento de la centralidad que la historia social de *longue durée* ocupaba en los relatos históricos sobre la revolución inglesa, lo que desembocaba en un rechazo de las explicaciones estructurales y la reivindicación de un retorno a las historias narrativas<sup>9</sup>. Además, criticaban la supuesta “inevitabilidad” de una revolución —ya sea burguesa, liberal o puritana— cuyas causas últimas se remontarían a los procesos de transformación de la sociedad inglesa iniciados cientos de años antes que los eventos revolucionarios<sup>10</sup>. Para los revisionistas había “llegado el momento de cuestionar aquellos supuestos que tanto los *whigs* del siglo XIX como los marxistas del temprano siglo XX tienen en común”<sup>11</sup>. Así, los aportes de historiadores con perspectivas teóricas y políticas tan diversas como Richard Henry Tawney, Hugh Trevor-Roper, Lawrence Stone o Christopher Hill eran considerados como poco más que encarnaciones recientes del énfasis en el progreso que la “interpretación *whig* de la historia” —descrita por Herbert Butterfield en 1931<sup>12</sup>— había legado a la historiografía inglesa<sup>13</sup>.

---

John: “Review: Revisionism and Post-Revisionism in Early Stuart History”, en *The Journal of Modern History*, Vol. 64, No. 4, diciembre 1992, pp. 686-699; Verardi, Julián: “Estudio introductorio” en Winstanley, Gerard: *La ley de la libertad*, Buenos Aires, Biblos, 2006, particularmente las pp. 36-48; Kennedy, Geoff: “Radicalism and Revisionism in the English Revolution”, en Haynes, Michael y Wolfreys, Jim: *History and Revolution: Refuting Revisionism*, Londres, Verso, 2007, pp. 25-49 y Kwiatkowski, Nicolás: *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra, 1580-1640*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009, pp. 20-28. Por supuesto, el revisionismo no es un fenómeno unívoco ni exclusivo de la historiografía británica. Para un abordaje comparativo de tres revisionismos, véase Knight, Alan: “Revisionism and Revolution: Mexico Compared to England and France”, en *Past & Present*, No. 134, febrero 1992, pp. 159-199.

- 9 Esta tendencia en los estudios históricos fue descrita en su momento por Stone, Lawrence: “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, en *Past & Present*, No. 85, 1979, pp. 3-24. Stone denomina historia “narrativa” a “la organización del material en un orden cronológicamente secuencial y el enfoque del contenido en una única historia coherente, aunque con sub-tramas”. Ésta difiere de la historia estructural en que “su disposición es descriptiva en vez de analítica y su foco central es el hombre y no las circunstancias” (*Ibid.*, p. 3).
- 10 En este punto, los revisionistas seguían una conocida advertencia de Geoffrey Elton de no estudiar la historia de los Tudor y los primeros Estuardo como si fuera “una autopista a la guerra civil”. Elton, Geoffrey R.: “A High Road to Civil War?” en Carter, Charles Howard (ed.): *From the Renaissance to the Counter-Reformation: Essays in Honour of Garrett Mattingly*, Nueva York, Random House, 1965, pp. 325-347.
- 11 Russell, Conrad: “Introduction”, en Conrad, Russell (ed.): *The Origins of the English Civil War*, Nueva York, Barnes & Noble, 1973, p. 5.
- 12 Butterfield, Herbert: *The Whig Interpretation of History*, Londres, Bell, 1931.
- 13 Por ejemplo, Glen Burgess se preguntaba: “¿Fue el marxismo alguna vez algo más que historia *whig* con estadísticas? La respuesta es quizás no, aunque frecuentemente fue menos, al faltarle estadísticas donde seguramente tendrían que haber estado” (Burgess, *op. cit.*, p. 609).

Si bien sería un error referirse al revisionismo como una empresa historiográfica homogénea (como, por ejemplo, la escuela de *Annales*), es posible afirmar —con las palabras de quien se convirtió en uno de sus máximos exponentes— que “todas las versiones del revisionismo, como todas las marcas de whisky, disfrutaban de ciertas amplias similitudes”<sup>14</sup>. Los inicios de esta perspectiva crítica se encuentran en dos áreas específicas de investigación histórica: los denominados estudios de las “comunidades de condado”, que se multiplicaron a partir de la obra seminal de Alan Everitt sobre Kent<sup>15</sup>, y la historia política del Parlamento que tuvo a Conrad Russell como uno de sus representantes más destacados<sup>16</sup>. La historia regional mostró que, a nivel local, pesaba más la preocupación por preservar el orden que una gran causa nacional de la *gentry*, por lo que era necesario volver a considerar el supuesto carácter de clase de los eventos revolucionarios. Por otro lado, Russell, hijo del célebre filósofo Bertrand Russell<sup>17</sup>, planteó que el origen de los conflictos de las décadas centrales del siglo XVII no debía buscarse en causas estructurales de largo plazo o en los conflictos constitucionales, económicos o religiosos entre el Parlamento y la Corona, sino en un análisis coyuntural que hiciese hincapié en la superposición de conflictos sociales y una crisis institucional y política. El resultado de esta crítica fue un marcado énfasis en el consenso, antes que en el conflicto, como el elemento fundamental para caracterizar la dinámica política inglesa en la temprana modernidad<sup>18</sup>. El corolario de su argumentación fue el cuestionamiento de que hubiera existido una revolución en Inglaterra entre

---

14 Russell, Conrad: *Unrevolutionary England, 1603-1642*. Londres, Hambledon Press, 1990, p. ix.

15 Everitt, Alan: *The Community of Kent and the Great Rebellion (1640-1660)*, Leicester, Leicester University Press, 1966.

16 Véanse Russell, Conrad (ed.): *The Origins of the English Civil War*, Nueva York, Barnes & Noble, 1973; Russell, Conrad: *Parliaments and English Politics (1621-1629)*, Oxford, Oxford University Press, 1979; Russell, Conrad: *Unrevolutionary England (1603-1642)*, Londres, Hambledon Press, 1990.

17 Russell proviene de un linaje aristocrático británico, y de hecho heredó de su padre el título de Conde de Russell, que mantuvo hasta su muerte en el año 2004. Político activo, perteneció también al pequeño Partido Demócrata-Liberal británico. En una reseña de su obra historiográfica, Pauline Croft resalta que durante su juventud había comenzado a realizar sus estudios doctorales sobre las leyes de traición de principios del siglo XVII bajo la tutela de Christopher Hill, pero que luego abandonó tras “realizar pocos avances”, Croft, Pauline: “Review of Conrad Russell”, en *Reviews In History*, Review No. 709a, enero 2009. Disponible en: <https://www.history.ac.uk/reviews/review/709a>. Consultado el 01/11/2018.

18 Kennedy, *op. cit.*, p. 30. Conrad decía en 1990 que uno de los elementos centrales del “credo” revisionista era “un rechazo del esquema dialéctico de la historia, una aversión a ver el cambio como algo que siempre sucede por medio de un choque de opuestos” (Conrad, 1990, *op. cit.*, p. ix).

1640 y 1660<sup>19</sup> y se llegaron a proponer —con un éxito notable, por cierto<sup>20</sup>— otras denominaciones para el período, como el “Interregno”, la “época de las guerras civiles” o la “Gran Rebelión”, como la había llamado el realista conde de Clarendon<sup>21</sup>.

Sin embargo, el desafío del revisionismo no se limitó al cuestionamiento de la búsqueda de causas sociales de la guerra civil ni al análisis de las disputas de la alta política, sino que también avanzó sobre la interpretación del radicalismo social y político, tan significativo para Hill y los historiadores marxistas británicos. Este aspecto planteaba un problema porque si, como enfatizaban los revisionistas, “la sociedad del siglo XVII es estática y aristocrática y se mantiene unida por lazos de deferencia que son ampliamente aceptados, entonces ¿cómo demonios se da efectivamente este radicalismo?”<sup>22</sup>. Esta misma pregunta sirvió de guía a un joven historiador llamado John Colin Davis. Primero, en un artículo publicado en la revista *History of Political Thought* en 1982, donde acusaba a Christopher Hill de *neo-whig* por haber caracterizado a hombres como Samuel Hartlib, William Sprigge, Gerrard Winstanley o James Harrington como “pensadores antes de su tiempo” o “filósofos de una revolución fallida”, subsumiendo así la complejidad de sus pensamientos en relatos simplistas y lineales de una “historia de largo plazo”<sup>23</sup>. Cuatro años más tarde, los argumentos de este artículo inicial serían desarrollados de manera mucho más sólida y fundada en *Fear, Myth and History: The Ranters and the Historians*<sup>24</sup>, publicado por la editorial de la Universidad de Cambridge.

Nacido en Yorkshire en el seno de una familia de pescadores, Davis estudió en la Universidad de Manchester y desarrolló una prolífica carrera como docente e investigador en la Universi-

---

19 Es válido remarcar que el empleo del término “revolución” para referirse a las rebeliones del siglo XVII, incluida la inglesa, ya había sido criticado, entre otros por John Elliot en un conocido artículo: “Revolution and Continuity in Early Modern Europe”, en *Past & Present*, No. 42, 1969, pp. 35-56, especialmente p. 40 y ss.

20 El triunfo principal radica en que la mayor parte de la historiografía británica actual ha abandonado la denominación “revolución inglesa” para el período 1640-1660. A eso hay que sumar la popularidad que alcanzaron algunas obras revisionistas. Por ejemplo, la compilación de artículos *The Origins of the English Civil War*, editada por Conrad Russell por primera vez en 1973, fue reeditada en cuatro oportunidades en tan sólo ocho años.

21 Hyde, Edward (conde de Clarendon): *History of the Rebellion and Civil Wars in England*, 3 vols., Oxford, 1702-1704.

22 Burgess, *op. cit.*, p. 626.

23 Davis, John Colin: “Radicalism in a Traditional Society: The Evaluation of Radical Thought in the English Commonwealth, 1649-1660”, en *History of Political Thought*, 3, 1982, p. 194

24 Davis, John Colin: *Fear, Myth and History: The Ranters and the Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

dad de East Anglia, aunque previamente pasó por tres universidades neozelandesas (Waikato, Victoria y Massey). En 1981, durante su estadía como catedrático en la Universidad de Victoria (en Wellington), publicó *Utopia and the Ideal Society, A Study of English Utopian Writing, 1516-1700*<sup>25</sup>. Este primer libro, que todavía hoy constituye una referencia ineludible para el campo de estudios de la literatura utópica, revela gran parte del valor de Davis como historiador y polemista. Allí, realizaba una demoledora y meticulosa crítica al célebre *Utopian Thought in the Western World*<sup>26</sup>, *opera magna* del matrimonio de investigadores estadounidenses Frank y Fritzie Manuel y verdadero *best-seller* que fundó —a partir del aluvión de críticas que generó su publicación<sup>27</sup>— el campo de estudios contemporáneo sobre las utopías.

Enfrascado en la titánica tarea de realizar un abordaje superador que le permitiese conceptualizar la compleja tradición de utopías literarias inglesas entre la formulación original de Tomás Moro y los neo-harringtonianos del período de la Restauración, Davis propuso una peculiar adaptación de la —para inicios de la década de 1980— novedosa propuesta metodológica de la “escuela de Cambridge” para el análisis de la historia del pensamiento político. Así, definió a la utopía como un “modo común de idealización social” que busca resolver el “problema colectivo fundamental” de todas las sociedades: cómo “mantener el orden social y su perfección ante la hostilidad de la naturaleza y el hombre”<sup>28</sup>. La historia de este “modo” de construcción de una sociedad ideal es, entonces, la del desarrollo de una estructura “limitadora y constringente”, en el marco de un género literario que evoluciona desde la concepción propuesta por Moro de una “estabilidad utópica fundada en la disciplina constante y total de los hombres” hasta la caracterización de la célebre *Oceana* de James Harrington como “el epítome del Estado totalitario”<sup>29</sup>.

---

25 Davis, John Colin: *Utopia and the Ideal Society. A Study of English Utopian Writing, 1617-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981 (hay traducción al español: *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985).

26 Manuel, Frank y Manuel, Fritzie: *Utopian Thought in the Western World*, Cambridge, Belknap Press, 1979.

27 De la multitud de reseñas críticas que recibió el voluminoso libro de *The Manuels*, sugerimos la lectura de Tower Sargent, Lyman: “Is there Only One Utopian Tradition?”, en *Journal of the History of Ideas*, Vol. 43, No. 4, 1982, pp. 681-689, y Baczkó, Bronislaw: “The Shifting Frontiers of Utopia”, en *The Journal of Modern History*, Vol. 53, No. 3, pp. 468-476. Además, el propio Davis publicó una detallada revisión de los argumentos originales del libro en Davis, J.C.: “The History of Utopia: the Chronology of Nowhere”, en P. Alexander y R. Gill (eds.): *Utopias*, Londres, Duckworth, 1984, pp.1-17.

28 Davis, J. C.: *Utopía y la sociedad ideal*, p. 14 y 47.

29 *Ibid.*, pp. 235, 69 y 237.

Esta peculiar apropiación de la metodología que Skinner, Dunn y Pocock habían delineado para abordar textos políticos tuvo consecuencias bastante peculiares en la perspectiva de Davis. La principal fue el virtual abandono de cualquier intento de contextualizar las intenciones de los autores en pos de construir un “modo” monolítico que se impone sobre las plumas de los escritores de utopías<sup>30</sup>. Davis concluye su estudio retomando la afirmación de Nikolái Berdyáev de que “la utopía es siempre totalitaria”<sup>31</sup>, una agria conceptualización del pensamiento utópico de la que el filósofo cristiano ruso no es ni el primero ni el más célebre de sus exponentes —aunque sí fue uno de los primeros en trazar la relación entre utopía y totalitarismo con el objetivo de criticar el autoritarismo de la revolución bolchevique y reivindicar las libertades individuales perdidas<sup>32</sup>—. Así, para Davis, el gran aporte de Harrington a la historia del pensamiento político —y también de la literatura utópica— pareciera resumirse en haber propuesto la primera formulación de un régimen totalitario (casi trescientos años de que se inventara y popularizara el término).

Su siguiente libro despertó aún más polémicas. Buscando una “reconsideración de las categorías tradicionales con las cuales los historiadores agrupaban a los radicales de la Guerra Civil” y, particularmente, con las “proyecciones míticas” de los *ranter*s<sup>33</sup>, *Fear, Myth and History*

---

30 No es ocioso remarcar el abismo que existe entre una propuesta metodológica que hace hincapié en la historización de los textos y discursos, y la que adopta Davis en su libro. Para Davis, Moro es poco más que un intelectual obsesionado con la disciplina, y Harrington, al igual que Winstanley y otros radicales de la guerra civil, serían los primeros en imaginar una sociedad totalitaria. Nótese la enorme distancia que existe entre estas imágenes simplistas con la especial atención que Quentin Skinner prestó a la búsqueda de la virtud de la *true nobility* en la *Utopía* Moro, y el énfasis de Pocock en que “la importancia central de *Océana* (...) no es que sea utópica y republicana, sino que hace frente al problema de la autoridad de facto al ofrecer, por vez primera en la historia intelectual, una explicación de las guerras civiles inglesas en términos de revolución, producida por la erosión de una estructura política, y la sustitución de otra por medio de procesos de cambio social a largo plazo” (Pocock, John G. A.: “Harrington”, en *Historia e Ilustración. Doce estudios*, Madrid, Marcial Pons Ediciones, 2002, 82). Véase también Skinner, Quentin: “Thomas More’s Utopía and the Virtue of True Nobility”, en *Visions of Politics. Vol. II: Renaissance Virtues*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Skinner, Quentin: “Reseña de More’s Utopia, de Edward Sturtz y J. H. Hexter”, en *Past & Present*, 38, 1967, 153-168; Skinner, Quentin: *The Foundations of Modern Political Thought. The Renaissance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, especialmente los capítulos octavo y noveno (hay edición en español: *Los fundamentos del pensamiento político moderno. Vol. I: El Renacimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985); Pocock, John G. A.: *The Political Works of James Harrington*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977; Pocock, John G. A.: *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press, 1975 (hay traducción al español: *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2002).

31 Davis, J. C.: *Utopía y la sociedad ideal*, p. 366.

32 Para un acercamiento a la relación entre utopía y el pensamiento político en términos de su filiación con los debates políticos del siglo XX, sugerimos: Levitas, Ruth: *The Concept of Utopia*, Berna, Peter Lang, 2011.

33 Morrow, John y Scott, Jonathan (eds): *Liberty, Authority, Formality. Political Ideas and Culture, 1600-1900. Essays in Honour of Colin Davis*, Exeter, Imprint Academic, 2008, p. ix.

cuestionaba la existencia efectiva de ese grupo. El punto de partida era una mirada escéptica con respecto a las fuentes disponibles acerca de ellos porque una buena parte de esos documentos habían sido producidos por sus adversarios. Si bien Arthur L. Morton y Christopher Hill habían expresado algunas reservas en ese sentido, fue un discípulo de este último, J. Frank McGregor, quien abordó el problema en una tesis inédita de 1968 y dos artículos publicados en 1977 y 1984<sup>34</sup>. Este autor señalaba que

los términos cuáquero, *ranter*, *seeker* y familista, así como otras denominaciones más elaboradas como libertino, divorcista y *soul-sleeper*<sup>35</sup>, eran invenciones de observadores hostiles. Con la excepción notable del cuaquerismo, eran sectas fantasmas a las cuales los heresiógrafos le podían atribuir doctrinas levantadas sobre la confusión de la especulación espiritual<sup>36</sup>.

Sin embargo, McGregor aceptaba la existencia de un pequeño núcleo de apologistas de ese “estado de ánimo religioso” al que llamaban ranterismo, como Laurence Clarkson, Abiezer Coppe o Jacob Bauthumley, quienes habían producido una serie de tratados entre 1649 y 1651 donde proponían un antinomismo enraizado en un panteísmo místico<sup>37</sup>. Lo novedoso del estudio de Davis era la conclusión radicalmente escéptica a la que llegaba en su lectura de las fuentes. Para él, los *ranter*s nunca existieron, ni como una secta, ni como un movimiento, ni siquiera como un pequeño grupo de ideología panteísta o antinomista. El torrente de críticas y especulaciones acerca de ellos a partir de 1650 no había sido otra cosa que una proyección del miedo a la desviación: un estereotipo que había estimulado un “pánico moral” similar al caso del ateísmo o la brujería. Esta construcción había sido obra de la “prensa amarilla” para reafirmar los límites normativos, sociales e ideológicos de la sociedad en un contexto de colapso del viejo orden. Frente a esto, la interpretación de Hill y otros historiadores de que los *ranter*s expresaban un rechazo a la ética protestante que se impondría con el triunfo de la clase propietaria parecía una mera fabricación ideológica.

---

34 McGregor, J. Frank: *The Ranters, 1649-1660*, tesis de licenciatura en letras, Universidad de Oxford, 1968, dirigida por Christopher Hill; McGregor, J. Frank: “Ranterism and the Development of Early Quakerism”, en *Journal of Religious History*, Vol. 9, No. 4, diciembre 1977, pp. 349-363 y McGregor, J. Frank: “Seekers and Ranters” en McGregor, J. Frank y Reay, Barry (eds.): *Radical Religion in the English Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1984.

35 Es decir, quienes creían en la doctrina de que luego de la muerte el alma entra en un sueño hasta el momento de la resurrección de los cuerpos.

36 McGregor, 1977, *op. cit.*, p. 349.

37 *Ibid.*, p. 350.

Por lo tanto, Davis concluía que la resurrección y consagración del “mito de los *ranter*s” había sido obra del Grupo de Historiadores del Partido Comunista británico para abonar su agenda política en las décadas de 1940 y 1950.

En una época de auge del giro lingüístico y de la crítica revisionista al carácter revolucionario del período 1640-1660, el autor ponía el foco sobre la opacidad del lenguaje y la capacidad del discurso de inventar amenazas imaginarias. Hasta entonces, los historiadores habían confiado en que sus herramientas hermenéuticas les permitían penetrar las caracterizaciones hostiles, la “prensa amarilla” y los estereotipos para descubrir un sustrato *ranter real*. Después de todo, tal y como sugerirá Thompson en “Sobre la diatriba”, los marxistas estaban acostumbrados a que se refiriesen a ellos con toda clase de epítetos y fabulaciones despectivas, pero eso no los hacía menos reales. Y, en la filiación que les gustaba trazar con los movimientos radicales del siglo XVII, era fácil imaginar que lo mismo sucediera con los *ranter*s. Para Davis, esto no era convincente y, frente a la mala voluntad manifiesta de los testimonios, elegía el escepticismo y poner en duda la existencia de los *ranter*s.

Las respuestas a *Fear, Myth and History* no se hicieron esperar. Desde diciembre de 1986 se publicaron reseñas en periódicos y revistas, incluida la de Thompson<sup>38</sup>. Algunos meses más tarde, Christopher Hill levantó el guante. En la edición de otoño de 1987 de *History Workshop*, se preguntaba “¿por qué es tan importante para Davis probar que [los *ranter*s] no existieron? ¿De qué tiene miedo?”<sup>39</sup>. Negándose a discutir la idea de que el redescubrimiento de ese grupo en los años setenta fuera parte de una conspiración entre historiadores comunistas y ex-comunistas, se concentró en los argumentos historiográficos. Hill discutió la premisa de Davis de que para aceptar la existencia de los *ranter*s fuera necesario encontrar una secta con líderes claros, condiciones

---

38 Antes de la reseña de Thompson se publicaron: Kenyon, John: “Justified Sinners”, en *Observer*, 14 de diciembre de 1986; Lamont, William: Reseña en *New Statesman*, 21 de enero de 1987; Lindley, Keith: “Lunatic Fringe”, en *Times Higher Education Supplement*, 23 de enero de 1987; Coward, Barry: “Exaggerated Reports”, en *Times Literary Supplement*, 6 de febrero de 1987.

39 Hill, Christopher: “The Lost Ranters?” A Critique of J. C. Davis”, en *History Workshop*, No. 24, otoño 1987, pp. 134-140, aquí p. 140. Por cierto, esta no sería la última palabra de Hill al respecto. En 1990, incluyó un capítulo sobre el tema (“Abolishing the Ranters”) en un libro donde discutía las lecturas revisionistas de la revolución inglesa: Hill, Christopher: *A Nation of Change and Novelty, Radical Politics, Religion and Literature in Seventeenth Century England*, Londres, Routledge, 1990.

para el ingreso y un control sobre sus miembros. Ese argumento llevaría a cuestionar también la existencia de los cuáqueros, los bautistas o los niveladores. En cambio, decía Hill, a mediados del siglo XVII en Inglaterra sólo era posible encontrar “sectas en proceso de formación” y, por eso, prefería hablar de un *milieu* ranter más que de una secta o movimiento<sup>40</sup>. Luego, citaba una serie de testimonios de contemporáneos que creían en la existencia de los *ranters* y retomaba una pregunta de Davis: “¿si no había *ranters*, por qué tantos ingleses aparentemente creían que sí?”<sup>41</sup>. Según Hill, el esfuerzo que le dedicaba el historiador radicado en Nueva Zelanda a este “proyecto dudoso” decía más sobre sus propios prejuicios que sobre los *ranters*. Luego de citar la lectura de Davis de *The Law of Freedom* de Winstanley como una utopía totalitaria, concluía que, evidentemente, su problema era que “no le gustan los radicales del siglo XVII”<sup>42</sup>.

En la década de 1990, el debate sobre la existencia de los *ranters* continuó en la revista *Past & Present*, donde Gerald Aylmer ya había publicado una reseña del libro en 1987<sup>43</sup>. Davis publicó una respuesta extensa a sus críticos que —a diferencia de la réplica a Thompson que reproducimos en este número de *Rey Desnudo*— no se detuvo en la polémica política sino que se concentró en los aspectos historiográficos<sup>44</sup>. Allí, sintetizaba los argumentos principales de su libro de 1986 y respondía a tres grupos de críticas. Por un lado, abordaba el problema hermenéutico de negar la existencia de los *ranters* a pesar de los testimonios del siglo XVII que la afirmaban. Davis ratificaba su escepticismo frente a las evidencias derivadas de fuentes hostiles, y se apropiaba de una frase de Hill que decía que “el buen historiador debe ser sobre todas las cosas un cuestionador”<sup>45</sup>. Por otro lado, para responder al planteo de Hill acerca de la categoría adecuada para referirse a los *ranters* (secta, movimiento, *milieu*), Davis señalaba que la historiografía había seguido dos líneas de argumentación distintas desde la década de 1970, una que proponía la existencia de un difuso *milieu* ranter y la otra, esgrimida por J. Frank McGregor, que veía un pequeño núcleo de personas

---

40 *Ibid.*, p. 135.

41 *Ibid.*, p. 139. La cita corresponde a Davis, 1986, *op. cit.*, p. 76.

42 Hill, 1987, *op. cit.*, p. 139. El texto de Davis sobre Winstanley es Davis, John Colin: “Gerrard Winstanley and the Restoration of True Magistracy”, en *Past and Present*, No. 70, 1976.

43 Aylmer, Gerald E.: “Did the Ranters Exist?”, en *Past & Present*, No. 117, 1987, pp. 208-219.

44 Davis, John Colin: “Fear, Myth and Furore: Reappraising the ‘Ranters’”, en *Past & Present*, No. 129, 1990, pp. 79-103.

45 Hill, Christopher: *The Collected Essays of Christopher Hill*, vol. 3, Amherst, University of Massachusetts Press, 1986, p. 17.

con ideas compartidas más o menos consistentes. Davis había discutido ambas por separado en su libro y afirmaba que sus críticos las habían confundido. En tercer lugar, el autor discutía algunos aspectos puntuales de la interpretación de *A Fiery Flying Roll* de Abiezer Coppe para argumentar que su autor era un antiformalista más que un antinomista. Finalmente, Davis concluía su artículo lamentándose por los grandes historiadores como Hill que se “someten a los efectos limitantes de la teoría/la ideología —ya sea ésta etiquetada de ‘derecha’, de ‘izquierda’ o de ‘centro’—”<sup>46</sup> y abogaba por una dialéctica pragmática entre la teoría, las fuentes y su interpretación en la investigación histórica.

El debate continuó en agosto de 1993, el mismo mes en que murió Thompson, en las páginas de *Past & Present*, con una serie de artículos de J. Frank McGregor, Bernard Capp, Nigel Smith y Brian J. Gibbons, a las que se sumó una nueva respuesta de Davis<sup>47</sup>. McGregor se concentró en una reconsideración puntillosa de las fuentes. A partir de ese trabajo, refutó la afirmación del autor de *Fear, Myth and History* —basada en la promulgación de la *Blasphemy Act* de agosto de 1650— de que las autoridades no estaban preocupadas por los *ranters* antes de que la “prensa amarilla” los construyera como un modelo de desviación (entre fines de noviembre de 1650 y enero de 1651). Luego, acusó a Davis de hacer una lectura superficial y selectiva de los documentos cuáqueros y bautistas que daban cuenta de la supervivencia de *ranters* después de 1651. Su corolario era contundente: para McGregor, todavía seguía “siendo una conclusión sensata que había defensores del antinomismo práctico llamados ‘ranters’ en Inglaterra durante el Interregno. El mito es una creación propia de Davis”<sup>48</sup>.

Bernard Capp, autor de un conocido libro sobre la Quinta Monarquía<sup>49</sup>, también criticó la “lectura selectiva y sospechosa de la evidencia”<sup>50</sup> de Davis, reiteró algunos de los argumentos de McGregor y se concentró especialmente en el análisis de los panfletos más célebres de los *ranters*

---

46 Davis, 1990, *op. cit.*, p. 103.

47 McGregor, J. Frank; Capp, Bernard; Smith, Nigel y Gibbons, Brian J.: “Fear, Myth and Furore: Reappraising the ‘Ranters’”, en *Past & Present*, No. 140, 1993, pp. 115-194 y Davis, John Colin: “Fear, Myth and Furore: Reappraising the ‘Ranters’: Reply”, en *Past & Present*, No. 140, 1993, pp. 194-210.

48 McGregor et al, *op. cit.*, p. 164.

49 Capp, Bernard: *The Fifth Monarchy Men*, Londres, Faber, 1972.

50 McGregor et al, *op. cit.*, p. 164.

para discutir, entre otras cosas, la negación de que Abiezer Coppe fuera antinomista. Por su parte, Nigel Smith, historiador de la literatura y editor de una colección de escritos de los *ranter*s<sup>51</sup>, señaló que “Davis es un muy buen diferenciador de identidades religiosas, pero demasiado para sobrevivir como un historiador exitoso si no muestra también alguna capacidad de agrupar identidades aparentemente dispares a partir de relaciones significativas”<sup>52</sup>. El punto central de su crítica era que para su investigación sólo había consultado fuentes impresas ya conocidas y no había empleado documentos de archivo que le permitiesen reconstruir las trayectorias de los individuos. Llegaba a decir que “uno tiene la imagen de Davis no como un historiador sino como un practicante del arte de la hermenéutica pura”<sup>53</sup> y que *Fear, Myth and History* ofrecía buen material para nuevas investigaciones, pero era “un libro por la mitad y el resto todavía debe ser escrito”<sup>54</sup>.

Por último, la contribución más extensa fue la de Brian J. Gibbons, especialista en ocultismo y en la recepción inglesa de Jakob Böhme<sup>55</sup>. Él aceptaba que los *ranter*s habían sido, en buena medida, una invención, pero sostenía que ello no implicaba que muchos de quienes eran llamados así tuvieran como único vínculo entre sí ser víctimas de un pánico moral. Era posible identificar una ideología común, compartida también por Winstanley, diferente a las de otros grupos como los niveladores o la Quinta Monarquía. Según Gibbons, esa ideología era un tipo de “espiritualismo radical”, que derivaba de la tradición místico-hermética de Böhme y Valentin Weigel, el cual hacía énfasis en la presencia inmanente de Dios dentro de los individuos. Esta perspectiva, en ocasiones, conducía a expresiones que podían ser interpretadas como panteístas. La mayor parte del artículo sistematizaba las ideas de *ranter*s y *diggers* para distinguirlas del panteísmo. El autor, en definitiva, rechazaba el término *ranter* porque excluía a Winstanley, que era parte del mismo *milieu* e incluía a otros que no lo eran, y proponía en cambio emplear la categoría de espiritualismo radical.

---

51 Smith, Nigel: *A Collection of Ranter Writings of the 17th Century*, Londres, Junction Books, 1983.

52 McGregor et al, *op. cit.*, p. 172.

53 *Ibid.*, p. 175.

54 *Ibid.*, p. 178.

55 Gibbons es autor de *Gender in Mystical and Occult Thought: Behmenism and its Development in England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996 y *Spirituality and the Occult: From the Renaissance to the Modern Age*, Londres, Routledge, 2000.

Con respecto a estas intervenciones críticas, Davis dijo en sus consideraciones finales que “aunque las nubes se oscurecieron con una abundante indignación y una pizca de amargura, caen muy escasas precipitaciones para refrescar el paisaje seco de este terreno historiográfico”<sup>56</sup>. En su respuesta se concentró en lo que caracterizaba como “serias confusiones y desvíos” de sus argumentos<sup>57</sup>. En muchos casos, señalaba que los autores no hacían justicia a lo que él había dicho en su libro y, en otros, ratificaba sus interpretaciones. No obstante, Davis también desplazaba el eje de la discusión acerca de la existencia de los *ranters* y se preocupaba más por si ejercían un antinomismo práctico<sup>58</sup>. Éste le parecía “el primer asunto de fondo en el cual el debate se debería volver a enfocar”<sup>59</sup>. La exigencia para abandonar su propio escepticismo, no obstante, era grande: si “hubo grupos de gente que eran antinomistas prácticos, que conciliaban una posición teológica y un comportamiento libertino, asociados entre sí, entonces estas personas deben ser encontradas, sus creencias y conductas demostradas, y la asociación entre esas creencias y prácticas documentada”<sup>60</sup>. Por otra parte, volvía sobre la naturaleza de la entidad social a la que se le aplicaba el nombre “ranter”, con una analogía sugerente: “Un conjunto de motociclistas que se detienen simultáneamente en una estación de servicio no constituyen un capítulo de los Hell’s Angels, incluso si se saludan entre sí y aparecen reportes alarmistas en el periódico local”<sup>61</sup>. Davis ofrecía como ejemplo del tipo de evidencia que esperaba sobre los *ranters* la tesis reciente de Christopher Marsh sobre la Familia del Amor<sup>62</sup>. Finalmente, acercándose más a la posición de Gibbons, el autor de *Fear, Myth and History* apuntaba que, antes que hablar de un movimiento, prefería “pensar en términos de lenguajes comunes o marcos conceptuales”, aunque tampoco estaba convencido por la categoría de “espiritualismo radical”<sup>63</sup>.

---

56 Davis, 1993, *op. cit.*, p. 194.

57 *Ibid.*, p. 195.

58 Este desplazamiento aparece en relación con la conclusión de McGregor de que “había defensores del antinomismo práctico llamados ‘ranters’ en Inglaterra durante el Interregno” (McGregor et al, *op. cit.*, p. 164). Davis, en vez de negar que existiera un núcleo ranter, discute que hayan sido antinomistas prácticos (Davis, 1993, *op. cit.*, pp. 195, 201, 205-206 y 207).

59 Davis, 1993, *op. cit.*, p. 206.

60 *Ibid.*

61 *Ibid.*

62 Marsh, Christopher: *The Family of Love in English Society, 1550-1630*, tesis doctoral, Universidad de Cambridge, 1992 (publicada por Cambridge University Press en 1994).

63 Davis, 1993, *op. cit.*, p. 209.

## La diatriba

*La historia final, desapasionada y autorizada de las guerras civiles no puede ser escrita hasta que los problemas hayan dejado de importar; para ese momento ya no valdrá la pena escribirla<sup>64</sup>.*  
Veronica Wedgwood, 1955

El 9 de julio de 1987, Edward P. Thompson, quien desde comienzos de la década estaba un poco alejado de la producción académica por el papel que desempeñaba en la Campaña por el Desarme Nuclear, intervino en la polémica con una virulenta reseña de *Fear, Myth and History* en la *London Review of Books* (LRB). En septiembre de ese año, la revista publicó la réplica de Davis, junto con otro comentario del historiador neozelandés Jonathan Scott. En octubre, Thompson escribió una respuesta a sus críticos que fue seguida, en el número siguiente, por una última intervención de Nigel Smith. A diferencia del debate más amplio que se extendió en las páginas de *Past & Present* luego del fallecimiento de Thompson, este breve intercambio en la LRB está marcado por la inmediatez de la publicación del libro y por el fragor de la disputa política de los años del *thatcherismo*. De uno y otro lado, los autores acusan a sus adversarios de escribir diatribas (*rants*) anti-históricas y contraponen, por lo tanto, concepciones opuestas acerca del quehacer histórico. En esta traducción que ofrecemos del debate, los lectores y lectoras podrán apreciar que la crítica de Thompson era, al mismo tiempo, política e historiográfica<sup>65</sup>. Por su parte, el reclamo de Davis y Scott de separar esas dos dimensiones, no sólo se oponía a la perspectiva teórica del marxismo británico, sino que era sintomática de una época donde crecía la desconfianza hacia la política, que aparecía como sinónimo de mito, ideología y segundas intenciones.

Para finalizar, hay algo para decir acerca del tono del debate. Luego de la Restauración y la Revolución Gloriosa, la élite comercial y financiera beneficiada por la nueva constitución desarrolló una cultura de la civilidad<sup>66</sup>. Ésta implicaba, entre otras cosas, un rechazo de los modales y los

---

64 Wedgwood, Cicely Veronica: *The King's Peace 1647-1641*, Londres, Collins, 1955, p. 14.

65 Véase lo que dice Kwiatkowski, 2006, *op. cit.*, p. 158 sobre el carácter político de la práctica historiográfica de Christopher Hill y los marxistas británicos.

66 La bibliografía sobre este tema es abundante, véanse especialmente Pocock, John G. A.: *Virtue, Commerce, and History. Essays on Political Thought and History, Chiefly in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985; Klein, Lawrence: *Shaftesbury and the Culture of Politeness. Moral Discourse and Cultural Politics in Early*

modos de expresión de los entusiastas religiosos del período revolucionario (puritanos, niveladores, *ranters*, etcétera)<sup>67</sup>. El tono taciturno y grosero de estos grupos debía ser reemplazado por un comportamiento más amable y útil para la conversación<sup>68</sup>. El lenguaje beligerante de Thompson en su reivindicación de la tradición antinomista de mediados del siglo XVII recuperaba algo de ese entusiasmo fuera de moda, que causaba disgusto en las casas de café londinenses de los últimos Estuardo y los primeros Hanover. En 1990, Davis decía que el suyo había sido un libro “provocativo pero, había esperado, cortés”<sup>69</sup>. Detrás de su lamento por la incivilidad de la discusión estaban las pautas de comportamiento para el debate ilustrado que se habían afirmado en la sociedad inglesa junto con la hegemonía del capital comercial y financiero a principios del siglo XVIII. Las palabras de ambos autores remiten a temporalidades distintas que, en su discordancia, desvelan las profundas contradicciones políticas de sus enfoques historiográficos.

### Nota sobre la traducción

El formato de la LRB no incluye referencias bibliográficas ni notas al pie. En la traducción hemos procurado reponer las referencias completas a las obras mencionadas y, allí donde fue posible, los números de página de las citas textuales. También hemos agregado, cuando consideramos necesario, notas para aclarar el sentido de algunas traducciones. Para las citas bíblicas se recurrió a la Nueva Versión Internacional.

Agradecemos a Kate Thompson, John Colin Davis, Jonathan Scott y Nigel Smith por sus autorizaciones para traducir y publicar las intervenciones que componen este debate.

---

*Eighteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994 y la discusión historiográfica en Klein, Lawrence: “Politeness and the Interpretation of the British Eighteenth Century”, en *The Historical Journal*, Vol. 45, No. 4, 2002, pp. 869-898.

67 Williamson, George: “The Restoration Revolt Against Enthusiasm”, en *Studies in Philology*, Vol. 30, No. 4, 1933, pp. 571-603. Véase también Heyd, Michael: “The Reaction to Enthusiasm in the Seventeenth Century: Towards an Integrative Approach”, en *The Journal of Modern History*, Vol. 53, No. 2, 1981, pp. 258-280, especialmente pp. 265-266.

68 Porter, Roy: *Flesh in the Age of Reason. How the Enlightenment Transformed the Way We See Our Bodies and Souls*, Londres, Penguin, 2004, p. 130.

69 Davis, 1990, *op. cit.*, p. 79.